

## PROPOSICION 18.

Todos los séres son diferentes del Sér infinito y necesario, aunque éste los contenga en sí mismo.

## DEMOSTRACION.

Como el hombre no conoce por el testimonio de sus sentidos sino efectos ó fenómenos, halla que unos son diferentes, otros semejantes y otros idénticos. Esto dimana de la naturaleza derivada de los mismos fenómenos; pero esta misma circunstancia nos demuestra que el sér que reúne las cualidades de la infinidad, de la continuidad, de la homogeneidad y de la indivisibilidad, (aunque necesariamente contiene en su seno el universo) es diferente de todos los fenómenos de éste, cuyos caracteres son esencialmente inversos, pues los constituyen la fenomenalidad, la multiplicidad, la heterogeneidad y la divisibilidad.

## PROPOSICION 19.

El Sér causal contiene necesariamente la existencia fenomenal, sin confundirse en ningún punto con ésta.

## DEMOSTRACION.

Siendo el supremo Sér infinito, contiene necesariamente á lo finito, dando á este último la forma y estension que le ha marcado como la primera de sus leyes. Pero como el infinito está identificado con la Existencia suprema cual complemento de la perfeccion absoluta, ella contiene lo finito como á la fuerza ó naturaleza criada por su propio poder, sin confundirse en ningún punto con su creacion ni identificarse en ningún punto con ella, lo que se evidencia, por ser imposible la identidad ó confusión entre la Causa única y sus múltiples efectos.

## PROPOSICION 20.

La Causa suprema es un espíritu puro.

## DEMOSTRACION.

Habiendo demostrado que la Causa suprema es diferente de los fenómenos ó efectos que ha originado, se demuestra también que ella es distinta de la materia. Así pues, aunque nos sea imposible describir directamente la naturaleza del espíritu, nos basta consagrarle una palabra que lo distinga de todo otro sér; por esto la proposicion califica la naturaleza evidentemente efectiva de la Causa suprema con el nombre de Espíritu, y como en él no puede existir contradicción ni mezcla alguna de otro sér fenomenal, se le añade el adjetivo de *puro*.

Mas como solo podemos estudiar la naturaleza del Espíritu puro indirectamente, estudiando las de la naturaleza material, debo emitir como continuacion de ésta la siguiente:

## PROPOSICION 21.

El espíritu es la esencia causal existente por sí misma, activa por sí misma y bastante á sí misma.

## DEMOSTRACION.

Habiendo demostrado que el Sér necesario goza de una existencia real y efectiva, al asentar ahora que aquel supremo Sér es espiritual, resulta que la idea del espíritu trae consigo la necesidad de adunarla á todos los atributos que tengo indicados como necesariamente pertenecientes á la suprema Causa, y cuando en la proposicion actual asiento que: el espíritu es la esencia causal, es por precisar mas la idea de la Causa suprema y eliminar en la parte que es posible el lenguaje de abstraccion.

Y de facto, puesto que la Causa suprema existe, necesariamente debe ser su existencia mas evidente, mas efectiva y real que la de ningún sér derivado. Pero aunque la naturaleza del infinito nos es desconocida, podemos concluir al menos: 1º, que no teniendo límites el espíritu, carece de forma; 2º, que siendo eterno existe por sí mismo; 3º, que no debiendo á otra cosa su poder es activo por sí mismo; 4º, que no derivando de otra cosa su existencia tampoco necesita de nada para conservarse, y por lo tanto, se basta á sí mismo.

Los atributos de la Divinidad no pueden convenir sino al espíritu, por ejemplo, la infinita y suprema inteligencia necesita identificarse con la unidad absoluta del espíritu, lo que comprende el hombre luego que indaga fisiológicamente en el agente, aunque limitado, de su propia inteligencia. Este no lo constituyen los órganos de los sentidos, porque éstos, privados de sus nervios, no perciben las sensaciones. Tampoco lo constituyen esos nervios, porque se observa que solo son conductores de las sensaciones ó impresiones á un depósito comun, el cerebro. Ni está constituido por el cerebro, porque si éste percibiese todas las impresiones que guarda, sobrevendría la confusion mas completa por su simultaneidad. Luego el alma ó sensorio comun del hombre no solo es un sér fluidísimo y activo, sino inteligente que conserva la vida de los órganos materiales, mientras éstos conservan su integridad ó aptitud, y por último, que investiga en las impresiones que conserva el cerebro, transmitidas por los sentidos; que elige de ellas las que le convienen para la ordenacion y ejercicio de la memoria, y que por la comparacion y el juicio decide sus resoluciones en el ejercicio de su poder. Tal es el alma humana á semejanza del Espíritu divino. Así, pues, el alma es distinta de la materia.

Y si esto decimos de un sér como el hombre, en que armonizan el alma y la materia, y en el que mientras dura la vida no pueden separarse las funciones de la una de las de la otra, ¿qué no diremos del Sér necesario, en el que nada puede haber de materia para el ejercicio de su inteligencia?

En efecto, puesto que la materia es fenomenal, y se debe á la Causa suprema, ésta en nada puede derivar su sér infinito del sér material y finito.

Por lo tanto, el espíritu puro, como Sér inmaterial de su única y exclusiva naturaleza, es: *La esencia causal, existente por sí misma, activa por sí misma y bastante á sí misma.*

## AXIOMA TERCERO.

La Causa suprema es Dios.

## DIGRESION.

El anterior axioma no necesita demostracion; él no constituye una verdad nueva, sino un nombre, un significado de la verdad misma. La palabra Dios reúne en una

voz sola las ideas mas sublimes, grandiosas y sagradas; ella no tiene significado ninguno, sino escrita en nosotros los afectos mas ardientes y el respeto mas profundo. Cuando esta hermosa palabra no se halla acompañada del sentimiento intuitivo, ella no espresa nada, es indeterminada y vaga. La palabra Dios debe recordar la Causa suprema de todas las cosas; la infinitud, la omnisciencia, la omnipotencia, la providencia, la bondad y los demas sublimes atributos de la suprema Causa, y la unidad absoluta de la cual no puede razonarse sino abstractamente sobre esos mismos atributos que le son inherentes, y que se demuestran en las leyes admirables de la razon y la creacion por la simplicidad estrema de los medios y la variedad infinita de los resultados.

La palabra Dios no escita los propios pensamientos en todos los hombres, pero todos pueden sentirla igualmente. El sabio y el ignorante, el ingenioso y el estúpido no saben comprender de la misma manera los atributos de la Divinidad, ni conocer del mismo modo las maravillas de la creacion del universo pasado, del que nos rodea, y el progreso de el del porvenir. Pero tampoco puede haber hombre que comprenda dignamente la palabra Dios, pues para eso seria necesario ser asimismo una divinidad. Mas no es la ciencia absoluta la que Dios exige de nosotros, sino el amor, el sentimiento sagrado, y éste puede estar al alcance del grande y del abyecto, del dichoso y del infortunado, del rico y del miserable, del bello y del deforme, del filósofo y del salvaje, y aun parece que cuanto mas afligido, cuanto mas oprimido, cuanto mas aislado se encuentra el hombre, tanta mayor capacidad tiene para el amor sagrado, para ese sentimiento admirable que no solo es el consuelo mas dulce en las desgracias, sino que constituye por sí mismo la felicidad. Por él se entrega el mártir á los tormentos, el cobarde se siente armado de valor, el enfermo tolera sus dolencias, el oprimido soporta los grillos, el desgraciado recobra la esperanza, el fuerte redobla su energía, el virtuoso se afirma en la virtud, el vacilante se abstiene del crimen, el criminal retrocede de la carrera del vicio, y por último, el moribundo ve tranquilamente apagarse la llama de su vida material y extinguirse las fuerzas de su cuerpo deleznable para dar en el último aliento libertad al espíritu inmortal que le anima.

Así es como la palabra Dios no puede ser entendida, pero sí sentida en el alma; para comprenderla no tenemos inteligencia sino afecto. ¿Ni cómo podría existir una inteligencia suficiente á comprender á Dios? Si miramos la belleza y magnificencia de nuestro planeta, sus hermosos campos, sus mares anchurosos, sus coloradas montañas, su riente ó terrible naturaleza, sus escenas de plácido contento ó de terror sublime, se anonada la inteligencia que sabe que este enorme globo de la tierra no es sino uno de los planetas mas pequeños que circulan en torno del sol. Si admiramos la belleza de este astro, su maravillosa luz, su poder calorífero, su influencia sorprendente en los fenómenos de la vida, su agencia poderosa para dirigir los planetas que consigo conduce en la enorme elipse de la órbita que describe, nos abismamos al saber que ese astro magestuoso solo nos parece grande por su cercanía y por la comparacion que hacemos de él con el pequeño globo que habitamos, pero sabemos que ese mismo esplendente sol no es sino una pequeña estrella, y casi un grano de arena comparado con otras muchas estrellas.

Si ponemos nuestra admiracion en éstas, si en una calma noche gozamos del bello espectáculo de nuestro plateado satélite la luna, rodeado de millones de puntos brillantes que festonan los cielos y que velan de tiempo en tiempo los transparentes y ambulantes vapores de la atmósfera, si nos fatigamos en vano por contar el número de estrellas que se presenta en un pequeño campo de la vista, ó en buscar su paralaxe para calcular su distancia, ó en fin, en imaginar el tiempo que debe haber tardado su luz para llegar de ellas á nosotros, nos vemos asimismo humillados

cuando el telescopio nos advierte que esa enorme cantidad de soles que nos descubre la noche no son sino una corta porcion de los que existen, que hay un mucho mayor número que no descubre la escasa fuerza de nuestra vista desnuda, y que sin embargo existen en ese universo prodigioso que se estiende en torno de nosotros. Si nos entusiasmos al aspecto portentoso de éste, á la contemplacion de su maravillosa armonia, á la idea de los movimientos combinados con que giran en él los millones de astros, de planetas y de cometas que le pueblan, á la enormidad de sus dimensiones para cuyo cálculo la órbita de la tierra se anonada, y aun la velocidad de la luz viene á ser insuficiente. Si nos pasma la prodigiosa multitud de soles que encierra este gigantesco universo, y que cada sol tiene su variado sistema planetario, y todos con esa infinita profusion de seres que hace aun de una sola gota de agua un mundo de criaturas vivientes. Si queremos, en fin, exaltar nuestra inteligencia con la contemplacion de ese universo, por grande y portentoso que sea, nos confundimos al contemplar que solamente es un punto armonioso comparado con la infinitud, y que ésta se halla en esa suprema Causa, cuya perfeccion, cuya bondad y cuyo afecto sagrado debe hacernos sentir en una indecible fruicion la sublime palabra: Dios.

Pero si ésta idea anonada nuestra inteligencia, eleva y engrandece en la misma proporcion el sentimiento sagrado de nuestra alma. Por este instinto moral nuestro espíritu siente que emana de Dios, de ese Espíritu perfecto y poderoso al infinito, de esa Causa suprema de todas las cosas, á quien nos reunirá la inmortalidad y la virtud. Por el sentimiento sagrado conocemos que la ley primera de nuestra alma es amar á esa Divinidad de cuyo paternal amor nos asegura su perfeccion misma.

La palabra consoladora, Dios, es sinónimo de padre y de providencia, y con estas dulces voces se comprenden los atributos de su Sér, de ese Sér tolerante y bueno, que recibe el amor en las adoraciones sinceras, y virtudes providenciales que le tributan el filósofo y el ignorante, el próspero y el mísero, y envia sus paternas dones igualmente sobre todos, y compadecido de la ignorancia y del error, acelera la época de la civilizacion humana, y hace brotar de humildes elementos destellos de luz que acerquen al hombre al conocimiento de su alto destino y de sus admirables cualidades. Así es que cuando el hombre contempla que este hermoso destino es ser el representante de esa Providencia suprema en la tierra, cuando conoce que no solo es susceptible de perfeccion, sino que lejos de ser un sér maldito tiene en sí todos los elementos de poder y de gloria que le garantizan el grandioso título de hijo de Dios, entonces alza su cabeza hácia los cielos que se abren á su esperanza, confía en esa Providencia que debe imitar, y se siente capaz de todos los esfuerzos morales que le hacen tan superior á la materia, eleva su sér emancipado á la contemplacion del infinito y se reconoce por el heredero de este planeta, que bajo su imperio divinizado se convertirá en un vergel, donde en medio de la felicidad, se adorará pura y dignamente á la Causa suprema, espresada con la portentosa palabra: Dios.

## PROPOSICION 22.

La libertad de Dios es absoluta.

## DEMOSTRACION.

¿Quién podría coartar la libertad del Sér omnipotente? ¿Quién seria capaz de imaginar siquiera alguna cosa ó alguna ley que fuese superior á Dios? El que pre-

tendiese ó promulgase tal absurdo, estaria enagenado de la razon y seria incapaz de raciocinar metafisicamente. . . . Porque de facto, si no puede haber dos Causas supremas, y si la única existente es necesariamente perfecta, y por lo tanto, poseedora de todos los atributos ó perfecciones posibles, ¿cómo sin absurdo podríamos suponer á Dios esclavo de ninguna causa ó ley? Porque en verdad, Dios no puede estar sujeto ni aun á una ley dictada por sí mismo, porque con la misma voluntad con que la hubiese dictado, podría revocarla, y como en su prevision y sabiduría divina no puede haber tampoco ley alguna digna de revocarse, ¿qué deberemos concluir acerca de las leyes que obedece el universo? Que ellas son buenas y agradables á Dios, y que éste por la absoluta libertad de su Sér, las sostiene con su voluntad omnipotente, y he aquí por qué cada instante de la existencia del universo es una verdadera creacion, porque es una ratificacion que la voluntad de Dios verifica de sus leyes, pues siendo el universo fenomenal y resultado de las combinaciones y evoluciones de la fuerza, luego que Dios dejase de quererla, el universo quedaria instantáneamente anonadado.

He aquí, pues, cómo la proposicion que nos ocupa es evidente; mas ella por sí misma produce multitud de principios igualmente axiomáticos, ó que no se pueden contradecir sin absurdo.

## COROLARIOS.

Los que brotan de la anterior proposicion son de una variedad prodigiosa, pues parece que de facto, aunque la libertad absoluta es un atributo de Dios, con ella se pueden identificar todos sus demas atributos causales y esenciales, y por lo tanto, *la libertad absoluta es solo una definicion ó un sinónimo de la suprema y perfecta Causa.*

Pero para conducir esta obra mas adecuadamente, espondré las siguientes conclusiones como corolarios indispensables.

- 1º La libertad de Dios se identifica con su sér, voluntad y perfeccion absoluta.
- 2º La libertad de Dios es sinónimo de su omnipotencia.
- 3º La libertad de Dios no puede ser coartada por ninguno de sus propios atributos.
- 4º La libertad de Dios no puede ser limitada ni aun por su prevision del futuro, considerada como necesaria ó absoluta en sí misma.
- 5º Dios puede preveer ó no preveer el futuro, segun su voluntad.
- 6º Dios puede dejar de preveer aquellas acciones futuras de sus criaturas, que convengan á su libertad y gloria.
- 7º De la libertad de Dios se deriva la de las criaturas que en el supremo plan de la creacion deberian gozar y gozan de libertad.
- 8º Dios puede preveer si gusta aquellas acciones de sus criaturas, cuando sea conveniente para dispensarles su favor, y cuando para ello sea fervorosa, justa y dignamente impetrado.
- 9º Dios puede hacer milagros.
- 10º Dios puede detener, prolongar ó acelerar las evoluciones del universo hácia sus fines, su estabilidad y su perfeccion.
- 11º El libre albedrío humano tiene su origen en la libertad divina.
- 12º El libre albedrío humano tiene sus límites bajo la libertad divina.

Las anteriores conclusiones son de aquellas que no pueden sin absurdo negarse, no solo por estar deducidas lógicamente del primer axioma causal, sino tambien porque cualquiera contradiccion á su evidencia, destruiria la armonia necesaria entre las cualidades de la Perfeccion absoluta, las que como se ha dicho, deben

ser asimismo todas las perfecciones posibles. Una causa primera y absoluta, sin libertad asimismo absoluta, dejaria de ser causa y pasaria á ser un efecto de la causa que la restringiese.

## PROPOSICION 23.

Dios es omnisciente.

## DEMOSTRACION.

Aun cuando la ciencia absoluta ú omniscencia no estuviere necesariamente incluída entre los atributos de Dios como sér perfecto, bastaria para convencernos de ella el reflexionar: que pues El dispuso sus obras prodigiosas, las sostiene en su actual progreso y las dirige hácia la perfeccion, con origen, medios y fines igualmente perfectos, y por consecuencia, Dios es omnisciente en la eternidad.

En fin: la omniscencia de Dios es absoluta, porque conoce no solo todos los séres criados y por criar, sino tambien su propia é increada naturaleza, y por esto su omniscencia se identifica con su gloria.

## DIGRESION.

El hombre necesita hacer un gran esfuerzo metafísico, no para conocer la omniscencia divina, porque esto es imposible, sino simplemente para saber distinguir la omniscencia ó inteligencia esencial de Dios de la inteligencia ó ciencia derivada, propia del hombre.

Este todo lo percibe por medio de sus sentidos, y aun la misma intuicion de su alma no seria sino un sentimiento indeterminado si no existiese en el hombre el conocimiento sensual de los objetos que le rodean. Pero los objetos vienen á ser asimismo indeterminados ó como simples sensaciones del momento sin la intuicion del alma que les da su importancia científica.

Y de facto, el conocimiento del universo, por las relaciones fenomenales de éste con el sér que las percibe, es el sensitivismo material del bruto; pero la apreciacion intuitiva de las cualidades de la perfeccion, es el sentimiento peculiar del alma humana y la causa verdadera de su ciencia, porque le hace distinguir é indagar en el origen los medios y los fines del conjunto de sus ideas, ya sean perceptibles é identificables con los objetos físicos que las han impreso en su cerebro, ó ya sean metafísicas ó pertenecientes á un órden superior, y que solo siente el alma como en una verdadera fruicion.

La omniscencia de Dios se identifica con su gloria, y la verdadera ciencia del hombre debe ser productora de su felicidad.

Si el hombre fuese solo espíritu, le bastaria el intuitivismo y seria feliz instrumento por la propia é imperturbable fruicion de su sér; pero como al mismo tiempo es material, tiene que sujetarse á las leyes que obedece la materia en sus evoluciones efímeras, y por estos dos principios de su sér, eleva en su entendimiento conocimientos derivados, que unidos á su sentimiento intuitivo luchan en su mente como el conflicto de fuerzas antagonistas; y como por un efecto del libre albedrío del alma, capaz de apoyarse en su intuitivismo ó desecharlo, puede no ver las relaciones de medios y fines providenciales, é imaginarse un caos artificial de bien y de mal, cuando la verdadera ciencia es solo la del bien.

He aquí, pues, cómo la ciencia del hombre como derivada es susceptible de error y de mal por sus relaciones con la materia, á pesar del germen intuitivo de verdad y de bien que existe en su alma.

Sin embargo, este equilibrio, esta necesaria coherencia entre las facultades espirituales y las corporales del hombre, son necesarios en su efímera vida mortal; son el germen del mérito de su alma, y el estímulo que le conduce hácia las virtudes providenciales; pero su ciencia es por lo mismo falible é incompleta, aunque perfectible.

Nada de esto existe en la omnisciencia divina; ella está identificada con su propia esencia, y por lo tanto, no es derivada; ella no aprende nada de los fenómenos que ha previsto y originado; ella es perfecta, y por lo mismo, insusceptible de perfeccionamiento. En fin, la omnisciencia divina es absoluta é inherente; la ciencia humana es limitadísima y derivada. He aquí lo que esta segunda puede comprender de la primera, mas solamente para adorarla; y esto es lo que constituye la mas preciosa de las facultades de la razon.

Sin embargo, limitada é imperfecta cual es la ciencia humana, ésta eleva al hombre sobre todos los demas seres del planeta, y le hace comprender el destino que Dios le ha encomendado en la vida mortal para hacerse digno de la inmortal ó impecederá. La ciencia, como adquirida por el hombre, no solo con las percepciones de sus sentidos, sino tambien con el intuitismo de su alma, le avisa de la semejanza de su espíritu con el Espíritu divino, y le hace reconocer en todas sus investigaciones metafísicas, ese sentimiento de intuición que le advierte de su procedencia y de su superioridad sobre la materia que le rodea, y de la cual se compone aun la parte corpórea de su ser.

Así es que la ciencia no puede dar un paso en los conocimientos, sin sentir intuitivamente la semejanza del alma humana con aquellos atributos que la idea de la perfección le hace encontrar necesariamente en la Naturaleza divina.

PROPOSICION 24.

Dios es la Providencia eterna.

DEMOSTRACION.

Demostrado como se halla, el que todas las cosas deben su origen y conservación á la Causa suprema, es evidente, por consecuencia, el que esas mismas leyes tan armoniosas del universo la deben su origen y conservación; y ella es así la Providencia divina que provee al bien y á la felicidad de todas sus criaturas.

DIGRESION.

Un sentimiento profundamente intuitivo nos avisa el que Dios es la Providencia eterna; pero nos queda aún por investigar, si la misma Causa suprema rige inmediatamente todos los fenómenos del universo, ó si habiendo establecido leyes fundamentales, éstas con sus evoluciones naturales conducen el progreso del universo mismo hácia aquel grado de perfección á que lo destina la Providencia con su acción continua y benevolente.

Examinando los sentimientos de la humanidad entera y la historia de sus generaciones, observamos que el sentimiento intuitivo mas universal, es el dogma de la Providencia. Ella debe haber sido la primera idea filosófica que se despertase en la humana mente, y la que ha hecho brotar esa multitud de libros llenos de ternura, de poesía y de amor por ese Sér soberano que con una paternal solicitud cuida de todas sus criaturas y les da esos instintos salvadores, por los cuales las dirige á obtener lo que les conviene, y evitar lo que les daña. La Providencia no solo apa-

rece así como el sér protector que conserva sus hechuras, sino tambien como el Padre universal que preside á la conservación de todas sus leyes, y que provee á los elementos necesarios para la existencia de los seres.

Però el hombre exigente no se detiene en agradecer á la Providencia lo que ésta le concede y en reconocer lo que concede á todas las criaturas, sino que la inculpa de lo que le falta ó supone que le hace falta, y hé aquí por qué la razon debe fijar los límites de las pretensiones humanas y emitir nociones exactas sobre la Providencia.

La idea de que la suprema Causa no solo es criadora sino gobernadora del universo, es exacta en sí misma, y el negarla seria absurdo, porque se ha demostrado que es absurda la idea de dos causas coetáneas; y consecuentemente, las causas segundas deben su origen y su existencia á la primera y suprema Causa. Así, pues, á ésta se deben todas las leyes que actúan el universo y conducen el progreso de la creación.

La caída de un grave sobre el planeta, no es sino continuación ó variedad de la gravitación universal, una de las leyes mas simples y generales, y así se puede continuar la ilación ó progreso de los fenómenos y sus causas hasta encontrar la de los instintos tan marcados de los seres organizados, y aun los del hombre en su parte sensitiva y reflectiva; porque su espíritu humano no tiene leyes positivas, sino libre albedrío.

Así, cuando vemos sucederse las estaciones con su propia regularidad, bendecimos la Providencia, pero el fenómeno se debe inmediatamente á la inclinación del eje de la tierra que presenta alternativamente en el curso de su revolución anual, los dos trópicos terrestres á la acción perpendicular del sol, y cuando por la lluvia se fecundan las simientes depositadas en la tierra, se verifican fenómenos mas complicados, pero no menos naturales. Así la lozanía de una planta en un terreno húmedo y fértil, es análoga á la alegría del cerbatillo, que retoza por las selvas despues de satisfecho con la leche materna. Del mismo modo son análogas la mansedumbre con que el leon depone su ferocidad por buscar á la leona, y el anhelo con que ésta cuida y alimenta su prole.

En todos los fenómenos naturales se palpa esa série de leyes que los actúan, y no se encuentra particular dificultad para comprender que las leyes originales de la creación son suficientes para conducir el progreso de ésta, sirviendo su maravilloso conjunto para realzar la omnisciencia divina. ¡Cuán grande, cuán magnífico es el espectáculo de todo el universo progresando en su propio desarrollo con el orden y eficacia que le marcó la Causa suprema, y que promovié con leyes tan sencillas y simples cuanto infalibles! Así es como aparece la suprema Causa con todo el esplendor de su gloria. Ella no se representa á la razon como un obrero fatigado con un trabajo incesante; ella no se muestra como el antiguo Saturno, criando y devorando sus propios hijos; ella, en fin, no se abate á detalles inferiores á la omnipotencia. ¡Criar un elemento simplemente, darle una sola ley, imprimirle un solo movimiento, y obtener por resultados todos los de su maravillosa prevision; hé aquí lo mas sublime que el espíritu humano puede concebir acerca de la suprema Causa!

Si, en verdad, esos resultados son aun mas grandes y mas sublimes que el universo que se presenta ante nuestros sentidos; pues los resultados absolutos previstos por la suprema Causa y proveidos con leyes positivas, están al alcance de su omnisciencia. Ellos no solo son el universo del pasado, el progreso del presente y su futura perfección, sino que tambien abrazan ese universo intelectual de las ideas, y sirven á la gloria de la Providencia eterna y á la profunda admiración de los seres inteligentes y providenciales.

Pero si bien estas consideraciones elevan al espíritu humano, viene, sin embargo, á fijarse una especie de discusion en el espíritu mismo que siente por intuicion la existencia suprema de la Providencia. ¿Este sentimiento que nos hace confiar en un sér omnipotente que nos protege, que nos ama, y que recibe benévolo nuestras súplicas, sería solo una ilusion? ¿Esas leyes eficaces y poderosas de la naturaleza, son insensibles á nuestros ruegos, á nuestros males, á nuestras plegarias y dolores? ¿La infalibilidad de la muerte es la infalibilidad del dolor, y el abandono físico y moral? ¿Esa Causa suprema ha querido elevemos hasta ella nuestra mente para dejarnos formar una ilusion inútil de la Providencia?

¡Oh, no! La Providencia es absoluta; ella constituye la verdad mas evidente, que produce en nuestra alma la intuicion. Jamas nuestro espíritu ejerce una facultad mas preciosa que cuando se eleva hácia la Providencia, confia en ella y se tranquiliza con la infalibilidad de su eficacia. ¡Y sin embargo, la intuicion que nos eleva al dogma precioso de la Providencia, nos hace ver, que para producir ésta todos sus beneficios, son bastantes las leyes con las cuales los ha proveído. La intuicion nos hace elevar nuestras humildes plegarias á la Providencia eterna, y la propia intuicion nos manifiesta que nuestros ruegos deben reducirse á los límites de esas leyes, porque sería irreverente dirigir al Sér supremo ruegos que envolviesen el trastorno de sus eternas leyes.

En verdad, ellas bastan para todos los casos físicos y morales, y ellas, que nos conducen á la mas profunda admiracion de su origen omnipotente y providencial, ejecutan sus designios con una precision maravillosa. Pero como esas leyes subsisten porque subsiste la Providencia, ésta es verdaderamente la que beneficia á sus criaturas, conservando sus leyes.

Al elevar nuestra alma á la contemplacion dulce y sagrada de la Providencia, comenzamos á dirigirnos, por la razon verdaderamente definida, hácia la suprema Causa, pues cuando queremos indagar en los atributos inherentes de ésta, tenemos que reducirnos al racionio intuitivo, y por consecuencia elevar las ideas fundamentales por los sentimientos individuales, susceptibles en cada hombre de mas ó menos perfeccion y estension. Así es que, en punto á esas ideas absolutas de la Divinidad, tenemos que indagar la verdad por el intuitismo general de la humanidad toda, y calificar como verdades demostradas aquellas que con mas generalidad sienten los hombres. Pero cuando dirigimos nuestro pensamiento hácia la Providencia, sentimos á un mismo tiempo el afecto intuitivo que nos hace reverenciarla; y la comparacion reflectiva de todos los fenómenos físicos que con la elocuencia intrínseca de los hechos atestiguados por todos nuestros sentidos, nos convence con las demostraciones del pensamiento de la evidencia de nuestros sentimientos intuitivos y de la existencia inefable de la Providencia. Hé aquí la razon por excelencia, y el punto en que se ligan las meditaciones puramente metafísicas en la contemplacion de la suprema Causa, actuando directamente sobre los fenómenos físicos.

## PROPOSICION 25.

Dios ha criado la naturaleza como á sér providencial para que secunde sus planes admirables.

## DEMOSTRACION.

Las leyes supremas están identificadas con los seres que actúan, porque siendo todos ellos fenomenales, solo podemos distinguir la ley por su constancia y precision

en producir los mismos fenómenos. De este modo se distinguen las leyes generales y las particulares en el universo.

De facto; investigándose en la coherencia prodigiosa de los detalles de estas leyes, se reconoce que ellas emanan de otras mas simples y generales, así como éstas de otras aun mas universales; y de este modo se puede continuar la investigacion hasta descubrir la eficacia y simplicidad maravillosa de la ley fundamental, la que ramificándose de mas en mas llega á producir el conjunto de fenómenos á que llamamos universo, así como al considerarlo como un conjunto de leyes, lo denominamos naturaleza.

Así, pues, la naturaleza es un sér providencial, que sujeta á las leyes fundamentales dictadas por Dios y que la constituyen, continúa como ejecutoria inteligente los fenómenos de la creacion.

## DIGRESION.

De este modo no se estraña la multitud de cambios que hay en las obras de la naturaleza, como si fuesen ensayos dirigidos á buscar la perfeccion de sus productos, ó como si éstos fuesen solo preparatorios para el logro de otros mas perfeccionados. Tampoco se estraña el que el hombre, como sér superior á la naturaleza, encuentre defectos en las obras de ésta, y que la idea del mal le estimule á buscar el bien, así como la sensacion del dolor le escita á reintegrar la salud.

Si, en verdad: la naturaleza es un sér providencial, y por eso sus obras son prodigiosas, pero no perfectas como las obras directamente producidas por la Causa suprema.

## PROPOSICION 26.

Dios ha criado en la tierra al hombre como á sér providencial, destinado á perfeccionar las obras de la naturaleza en este planeta.

## DEMOSTRACION.

El hombre se siente en sí mismo un sér superior, y percibe la existencia del bien y del mal. ¿Podrá decirse por esto que el mal existe y que el hombre conoce y corrige lo que la Divinidad no ha conocido ni corregido? No, ciertamente.

El hombre es una providencia derivada de la eterna, y de esta verdad debe convencerle el conocimiento del mal. Este no existe sino en los medios caducos de la naturaleza, y para esto Dios los pone ante la penetrante inteligencia del hombre, para que éste los elimine y conduzca al progreso de la creacion; y he aquí como el hombre es tambien una providencia derivada de la eterna.

## DIGRESION.

Para que el hombre tuviese el sublime carácter de providencia, debía ser semejante á Dios, es decir, poseer un espíritu inmortal, dotado de inteligencia y libertad; y he aquí el alma humana, sobre la cual trataré psicológicamente en su lugar oportuno, emitiendo ahora algunas nociones indispensables para la continuacion metódica de esta obra.

## PROPOSICION 27.

El hombre, para ser una providencia á semejanza de la divina, debe estar dotado de libertad, y esta cualidad suya es el libre albedrío de su alma.

## DEMOSTRACION.

Si las acciones humanas fuesen el resultado de leyes divinas, no sería el hombre libre, y por lo tanto, tampoco un sér providencial, pues no podría separar sus acciones ni un punto de aquella secuela que le marcara la ley. Tampoco tendría la idea fundamental y moral del bien y del mal, como puede percibirla su sér superior inspirado por Dios para procurar aquel y eliminar éste.

Así, pues, el hombre no solo siente en sí mismo, sino que comprueba por el sentimiento universal de la humanidad, que él es un sér libre y que puede ejercer una grande influencia en la promoción del bien y la cesación del mal, según el giro virtuoso que dé á su libre albedrío.

## PROPOSICION 28.

La libertad divina es el fundamento del libre albedrío humano.

## DEMOSTRACION.

El hombre, como criado por Dios, debe á éste todas sus facultades físicas y morales, como corrector de la naturaleza; por consecuencia, cualquier imperio que el hombre ejerza sobre cualesquiera de esas facultades ó sobre la naturaleza, es debido al poder que el Criador le ha prestado para influir en sí mismo y en los seres que le rodean, y por consecuencia el libre albedrío del hombre es derivado del libre y omnipotente poder de la Divinidad.

## DIGRESION.

Nada hay tan evidente en el hombre como la libertad de su alma. El hombre físico puede ser aprisionado, ahorrado y aun lentamente consumido en el martirio; pero su alma no puede ser subyugada: ella puede pensar y decidir independientemente de toda coerción; ella puede bendecir ó maldecir á los verdugos de su cuerpo; ella puede despreciar las dolencias de éste ó negarle los placeres, y por último, ella puede resolver deliberadamente de su eterno destino. Hé aquí el libre albedrío. Pero está restringido física y moralmente: lo está físicamente, porque el hombre no puede trastornar las leyes generales de la naturaleza; y lo está moralmente, porque no puede desechar de un modo absoluto su propio intuitismo.

Es necesario no equivocarse el libre albedrío del alma humana con su libertad física de moverse y sus facultades reflectivas para decidir sus movimientos y acciones físicas en el órden de las leyes comunes de la organización animal, porque bajo este sentido todos los animales gozan del grado de libertad que les está concedido en su propia organización, y por el armonismo, sensitivismo y reflectivismo de que disfrutan, principalmente los animales superiores, conducen esa libertad hácia su conservación, reproducción y bienestar, lo que constituye su instinto.

Mas el libre albedrío del hombre es superior al instinto, y puede obrar sobre su propio individuo contra su conservación, reproducción y bienestar: en fin, puede resolver en el terrible juicio de su alma la sentencia de su propia muerte á despecho del grito intuitivo de su misma conciencia. Hé aquí por qué el hombre puede sofocar sus instintos y desechar su intuitivismo; luego su libertad sobre sí mismo es absoluta.

Esta libertad confunde al panteísta, porque si las transformaciones del sér común fuesen ciertas, éste no podría dejar de obrar por leyes instintivas, y jamás se convertiría en un sér superior á esas leyes y capaz de obrar contra los instintos comunes del organismo.

Así, pues, el libre albedrío es determinado por la Causa suprema, para realzar miras grandiosas y para dotar al hombre de una facultad proporcionada al alto destino de providencia derivada, ó representante de la Providencia eterna, á que le ha elevado sobre el planeta.

Para esto Dios ha dejado de preveer las acciones humanas, porque si las hubiese previsto, todas ellas serían perfectas, pero el hombre no sería libre ni tendría el carácter de providencia á semejanza de la divina; luego es necesaria su libertad.

Estas conclusiones resuelven de una manera inconcusa uno de los mayores problemas metafísicos que el hombre puede proponerse, v. g.: ¿Tiene Dios participio en los crímenes humanos, ó bien es Dios el que dirige sus buenas acciones? Una invencible repugnancia intuitiva rechaza la resolución afirmativa de este problema, pero su resolución negativa flaquea y se hace arbitraria si asentásemos que Dios prevee todas las acciones humanas, pues como Dios no puede obrar con unos atributos con esclusión de otros, en Él, preveer es criar, ordenar, regir; luego si Dios previese nuestras acciones éstas se verificarían infaliblemente, y las buenas no serían dignas de premio ni las malas de castigo, lo que destruiría inmediatamente toda idea moral fundada en el libre albedrío humano.

Para que Dios obre en todos sus actos como Causa única, es decir, como la unidad absoluta ó esencia causal, es indispensable que cada instante de la existencia del universo sea una verdadera creación, y la consecuencia de las leyes positivas sancionadas y conservadas constantemente por la voluntad divina; luego en todos los actos en que el hombre obra con su libre albedrío deja de estar sujeto á ellas, y entonces es claro que el libre albedrío está sostenido asimismo por los atributos de Dios, incluso el atributo de su prevision suprema. Luego lo que Dios ha querido preveer es la libertad del hombre en las acciones que éste ejecuta, y no las acciones mismas; lo que manifiesta cómo Dios es omnipotente á pesar de que el hombre goza para el bien y para el mal de la libre elección de su alma, y también cómo Dios prevee esa libertad y le da su continua sanción; por lo que ni es el autor del bien ni del mal ejecutados por el hombre, único medio que podía haber justo para que el hombre fuese digno de premio y de castigo.

Siendo la prevision inherente en la Causa suprema, solo es una distinta manera de espresar su omnipotencia y sus demás atributos. Así, pues, difiere de la prevision del hombre, porque éste puede preveer sucesos que, á su pesar é inevitablemente se verifican. De este modo la prevision divina y la humana se diferencian tanto, cuanto lo infinito y lo limitado, lo perfecto y lo imperfecto, lo absoluto y lo relativo.

Una vez sentado esto, fácilmente se demuestra que la Causa suprema puede preveer si quiere, todas las acciones de los seres vivientes; pero éstos entonces carecerían de libertad, y sus acciones serían necesarias y el resultado de leyes tan indefectibles, como la caída de los graves. Así, pues, como la prevision de la Causa suprema está identificada con su voluntad omnipotente, esa misma prevision es la suprema ley; porque si fuese dable que la Causa suprema previese sucesos contrarios á su voluntad, sería preciso convenir en que habría acacimientos que á su pesar se verificarían, lo que es absurdo.

De facto: esta clase de acacimientos resultarían ó por decisiones de la misma Causa suprema, ó de otra causa igualmente poderosa que ella. Si lo primero, habría contradicción en sus resoluciones; y si lo segundo, implicaría la existencia de dos causas supremas, y en ambos términos de esta disyuntiva, se palpa la imposibilidad y el absurdo.

Asimismo es absurdo el pensar que la Causa suprema decretase el libre albedrío de los seres dotados de libertad, y que al mismo tiempo decretase todas y cada una

de sus acciones, porque ambas cosas á la vez son contradictorias, y como en la Causa suprema el preveer es decretar, ejecutar, realizar, no puede preveer la libertad de un sér y al mismo tiempo destruirla, previendo las acciones de ese sér, ó sea el uso de esa misma libertad, porque eso sería, repito, contradictorio y absurdo.

De este modo se palpa la incuestionable verdad de que la Causa suprema, al formar los séres libres, lo único que ha querido preveer en ellos, es su libertad de obrar, y por lo mismo ha esperado gloriosamente como remuneradora, el uso que hagan de su libre albedrío esos séres privilegiados.

En cuanto al hombre, como sér inteligente por excelencia, siente su cualidad de ser libre como la mas evidente de todas las que posee, y al mismo tiempo siente la intuición y la conciencia que le avisan del buen uso que debe hacer de su libertad; pero sobre todo, se siente libre y susceptible de despreciar el premio y el castigo.

Cuando observamos la maravillosa coherencia de las leyes que actúan el universo y la infalibilidad de sus resultados, vemos inmediatamente que la Causa suprema ha establecido esas leyes absolutas y positivas, de las cuales ningún cuerpo, ningún sér material y ningún sistema se desvia. Pero cuando contemplamos al hombre, y examinamos nuestras propias facultades, conocemos que solo él sobre el planeta disfruta del libre albedrío de su espíritu, y que con éste ejerce su imperio sobre los objetos que están bajo de su poder, y les imprime, asimismo, leyes en razón directa del grado de libertad que con respecto á ellos disfruta. Así el hombre, como susceptible de error, es susceptible necesariamente del mal; ¿podremos inculpar de éste á la Causa suprema que ha formado libre al hombre? ¿Podrá el mal argüir contra el libre albedrío de su alma, ó contra de la omnisciencia y la omnipotencia divina? No, ciertamente, y se evidencia esto examinando las leyes que determinan la libertad humana.

El hombre, abandonado á una libertad absoluta, sin tener asimismo una ciencia absoluta, conduciría el error á todas sus acciones y resoluciones, y el mal sería su constante resultado, á términos de que en la exageración de sus pasiones trastornaría toda la naturaleza. Así, pues, la libertad humana está restringida: 1º, por las leyes generales y naturales; y 2º, por la intuición que constituye el instinto de su alma.

Lo indicado basta para observar que la omnisciencia, ó sea la Causa suprema, ha impuesto á la libertad humana dos límites: uno material, y que consiste en las leyes naturales, por las que el hombre se encuentra sin poder para trastornarlas, y el otro espiritual, que consiste en la intuición ó aviso moral de la conciencia, que no solo le indica el mal que debe evitar, sino que lo dirige al bien. Es relativo este último límite, porque el hombre individual puede desear y aun anudar su propio intuitivismo, y en eso consiste su libertad y su mérito en obsequiar la intuición; pero este límite viene á ser absoluto para la humanidad toda, y de aquí emanan la justicia y el progreso de la sociedad, con lo cual la especie humana se dirige al bien y hácia la perfección adecuada á que la destina la Causa suprema.

Por lo espuesto se ve, que si la omnisciencia, ó lo que es lo mismo, la omnipotencia, hubiese querido preveer todos los detalles de las acciones humanas, habría dispuesto asimismo sus errores y males, y el hombre no sería responsable de ellos ni adquiriría mérito ninguno en el bien que obrase. En suma, el hombre no sería libre. Pero como es imposible el error en la Causa suprema, es evidente que ella ha querido preveer el bien en la gran escala de la humanidad, y así se ve la eficacia de la ley de progreso. Asimismo ha previsto el bien que resultará al individuo virtuoso, y este bien inmenso en sí mismo, debe hacer insignificantes los males que aquel haya tenido que arrostrar; por último, ha previsto la Causa suprema el mal que debe sobrevenir al perverso; pero no ha querido preveer que tales individuos

sean perversos, y cuáles otros sean virtuosos, porque esto es incompatible con la justicia divina y con la libertad humana.

Se ve tambien que en la misma intuición, y por ella en el amor divino, halla el virtuoso el remedio infalible contra todos los males que no emanan de sus errores, y que en ese grande recurso del alma encuentra no solo el consuelo, sino el verdadero cambio del mal en bien. Por último, se observa que la intuición corrige aun los males que emanan de nuestros errores por medio de la reparación y el arrepentimiento.

“Haced lo que gustéis, pero es necesario que hagais lo que está previsto y ordenado,” sería una forma contradictoria en el Legislador divino, en quien la omnisciencia y la omnipotencia son la misma cosa. “Haced lo que gustéis, y esta libertad es la que en vos quiero y preveo,” es la única fórmula que hace efectiva la libertad. Por último, esta fórmula se completa, si se añade: “Para que en el uso de vuestra libertad tengais un apoyo hácia el bien, os doy la conciencia moral y la intuición; mas ellas estarán graduadas de modo que auxilien vuestra libertad, pero que no la coarten.” He aquí fórmulas que tienen el carácter didáctico del hombre, pero que apenas pueden ministrar una idea casi imperceptible del carácter infalible de las leyes supremas, en que la omnisciencia y la omnipotencia imprimen la ley en la realidad del sér mismo que la obedece, ó mejor dicho, en que ese mismo sér está identificado con la ley. Tal es la del libre albedrío, con el cual el hombre cumple con el objeto para que está criado.

Pero es tan universal la creencia de que la prevision de Dios es absoluta acerca de las acciones del hombre, y que sin embargo, ella no contraría la libertad humana, ni hace al mismo Dios autor ni cómplice del mal, que conozco muy bien la estrañeza que causará á primera vista mi opinión sobre este punto; mas estoy cierto de que cuando se reflexione bien, se convendrá conmigo.

Si Dios quisiera preveer todas las acciones de la humanidad, ellas vendrían á ser evidentemente necesarias, y se cumplirían á su debido tiempo. Preguntemos ahora: ¿podría Dios cambiar ó no semejantes sucesos? Esta cuestion solo puede tener por solución uno de los dos términos del siguiente dilema: “O podría, ó no podría Dios cambiarlos.” Si lo primero, la prevision de los sucesos sería redundante, pues solo sería cierta la prevision del cambio; y si lo segundo, la causa de su impotencia sería superior á la omnipotencia divina. Así es que los dos términos del dilema son absurdos é imposibles.

Esta es la base del antiguo y repetido dilema del ateo Diágoras, en que á la presencia del mal y entre la disyuntiva absurda de hacer á Dios malvado ó impotente, prefería tambien absurdamente el concluir que Dios no existe.

Si la prevision de Dios acerca de todas las acciones humanas fuese efectiva, ella tendría la fuerza de ley, porque ¿quién podría luchar contra la prevision divina? ¿Y el hombre al nacer estaría ya predestinado al crimen ó al error? ¿Y este error ó crimen no sería una inculpacion necesaria contra aquel que pudiendo evitarlo no lo evitase, ó pudiendo revocarlo no lo revocase?

Pero todos estos últimos raciocinios son solo hipotéticos para hacer palpable la verdad.

Esta no puede ocultarse á una rigurosa metafísica, porque ciertamente, si Dios previese todas las acciones humanas, como eminentemente perfecto, les impartiría á ellas la cualidad de la perfección, y serian perfectas asimismo; pero el hombre, repito, no sería ni un sér libre ni providencial, y por lo tanto ni susceptible de premio ó de castigo; ni tampoco fuera digno del amor divino por el solo esfuerzo de su propia virtud y amor. Luego Dios, al hacer al hombre libre, le ha dado los auxilios reflectivos é intuitivos necesarios para hacerlo digno por sí mismo, y ha esperado

imposible, pero afectuosamente, los efectos grandiosos y providenciales que á la larga resultarán necesariamente de la libertad colectiva de la humanidad. Esta es sin duda la prevision digna de la Divinidad, y la que hace del hombre una obra máxima y sublime.

Por otra parte, los que pretenden que la prevision de Dios acerca de las acciones humanas es necesaria y debida desde la eternidad, deben convenir en que el decreto del libre albedrío humano seria tambien desde la eternidad, y entonces ambas cosas estarian decretadas coetáneamente, y como contradictorias serian absurdas; pero no pudiendo haber nada contradictorio ni absurdo en las obras de Dios, es preciso convenir en que el absurdo está de parte de los que así racionan.

La imperfeccion de las diferentes teodiseas y de las mitologías antiguas, ha originado y conservado los errores metafísicos aun en los tiempos modernos. Se ha dicho que la prevision en Dios era una cualidad inmanente de la Divinidad, es decir, que no puede ésta dejar de preveer por no haber para ella ni pasado ni futuro.

Esta doctrina indebidamente aplicada al libre albedrío de la humanidad, dió origen al fatalismo mas absurdo. Así los antiguos mitólogos griegos sentaban que la existencia de los dioses era posterior á la del ciego é inexorable destino.

De este modo es como para conservar cual dogma inflexible la prevision del futuro en los dioses, tenian que hacer á éstos, malvados y cómplices de los crímenes humanos, ó impotentes y sujetos ellos mismos al hado inmutable, sin advertir que solo criaban en éste una nueva entidad divina asimismo perversa ó impotente. ¡Una divinidad sin libertad para dejar de preveer el uso del libre albedrío, originando y destruyendo éste! ¡Oh, qué absurdo! ¡Así se figuraban un dios sujeto al destino ó á su propia inclinacion perversa!

¿Seré yo el que trate de vindicar á la Divinidad ante el criterio humano? Esto seria otro absurdo que mi fé repele, la que solo trata de salvar al espíritu de la blasfema idea de inculpar á Dios con los crímenes humanos, ó de suponerlo falto de libertad, y por consecuencia, de la esencia divina!

En conclusion: la libertad de Dios y á su semejanza la libertad del hombre, demuestran que en las acciones buenas y providenciales de éste, él es el digno de galardón y gloria, y que por sus acciones malas él solo merecerá el castigo. ¡De cuánto alivio es para un corazón recto esta conclusion de irresistible evidencia! ¡El alma conviene fácilmente en suponer imperfectas á las criaturas, pero un intuitivo victorioso le hace concebir como imposible la imperfeccion del Criador. . . . ¡Alabado seas, eterno y benevolente Dios, que lejos, infinitamente lejos del error, has provisto aun en el hombre mismo, el medio de conocer la verdad en el magnífico reflejo de tu perfeccion y gloria!

#### PROPOSICION 29.

En el conocimiento íntimo del hombre de ser una providencia derivada de la divina, está la fruicion espiritual de su sér.

#### DEMOSTRACION.

Quando el hombre se ve é á sí mismo constituido en una providencia derivada, cuando comprende de este modo su destino sobre la tierra, es cuando verdaderamente se eleva al hermoso rango de hijo de Dios, y ve en la especie á que pertenece reunidas las leyes físicas y morales, que tienen el destino de regular en el hombre las facultades de su libertad, y que deducidas de la armonía y el amor, producen en la humanidad lo bello y lo bueno en un grado eminente y providencial sobre el planeta.

Así es como la verdad fundamental de ser el hombre el representante de la

Providencia en la tierra, es la verdad sublime é innegable, que una vez encendida en el alma, alumbrará á ésta con una inestinguible luz para guiarla entre los arcanos físicos y morales que pierden con ella la niebla oscura que los envuelve, y presentan al espíritu extasiado la maravillosa armonía que reina entre las obras de la suprema Causa.

Emancipado así el hombre de la funesta idea de su degradacion y miseria intrínsecas, se eleva, como hijo de la omnisciencia, á buscar con sublime inteligencia las obras de su omnipotente Padre, y escudriña en todas las leyes físicas y morales que le conducen á secundar, con sus gloriosos y providenciales hechos, los designios altísimos de la Providencia eterna.

Estos son verdaderamente los títulos de la investigacion humana en la armonía del universo, y éstos los que la guían en busca de la virtud y los afectos. Con el primer trabajo llegará á descubrir las leyes de lo bello; con el segundo las de lo bueno, y con ambos, hallando la verdad, se acercará, como una providencia derivada, hácia su omnipotente é infinito origen, á la Providencia esencial, ante la cual se postrará la humanidad, llevando en ofrenda los hechos asimismo providenciales que haya ejecutado, como títulos de la gloria que en premio le está reservada.

#### DIGRESION.

Quando se emite el principio de que las leyes que ha establecido la Providencia eterna bastan para todos los casos posibles en el mundo, sobreviene la duda de si es útil y conveniente el orar. Esta cuestion será tratada con la estension debida en la parte de esta obra que tratará sobre religion y culto; pero no puedo dejar de anticipar aquí algunas ideas sobre este punto.

Nada hay mas remarcable entre las tendencias de la humanidad, que la de adorar á Dios, y elevarle asimismo ruegos fervorosos para el remedio de los males que se sufren. Esta tendencia es tan universal y eficaz, que no se sustraen de su influencia el salvaje, el hombre desesperado, ni aun el mismo ateo. En los momentos supremos, al aspecto de los inmensos peligros, ó al luchar con las congojas de la muerte, todos elevan á Dios un ruego mudo ó verbal, como obligados por una fuerza invencible residente en ellos mismos. Es cierto que en algunos pocos se ve la dureza exterior, y aun se escucha la blasfemia en los instantes terribles de la angustia; pero siempre se puede distinguir en ellos la lucha de la conciencia, excepto en algunos casos raros en que la enagenacion mental del individuo lo manifiesta poseido de una verdadera demencia.

Así es que la oracion es una de las manifestaciones mas poderosas del intuitivo, ó como si dijésemos, del instinto salvador del espíritu. Esta sola observacion bastaria para demostrar filosóficamente la utilidad prodigiosa de la oracion; pero ella es de tal consuelo y de tanta eficacia para el hombre, que aunque la desaprobasen todos los filósofos del mundo, casi toda la humanidad seguiria orando y elevando sus ruegos á la Providencia.

Sin embargo, á la filosofía toca el hacer ver cuán lejos de la razon y del verdadero carácter de la oracion se hallan los que piden á la Providencia concesiones absurdas, pueriles ó criminales.

La oracion por excelencia es aquella adoracion desinteresada que se convierte en la efusion humilde y fervorosa de un amor sin límites hácia el Sér supremo. Entonces resignamos á él todas nuestras necesidades y sufrimientos, y él como omnisciente, omnipotente, benevolente y misericordioso, nos envía el consuelo en la intuicion, como el bien supremo á que en la vida puede aspirar el hombre. Diré mas: la oracion, como el agente poderoso del espíritu, convierte, cuando es fervorosa, el